

Alma máquina

Alma máquina

GEORGE MAKARI

TRADUCCIÓN DE EDUARDO RABASA



sextopiso

PRIMERA PARTE
LAS ALMAS PERDIDAS DE LA MODERNIDAD

Pero ¿de qué le sirve a un hombre ganar
el mundo entero, pero perder su alma?

SAN MARCOS

Atrévete a saber.

HORACIO

1. UNA VELADA CON EL SEÑOR ESPÍRITU Y EL SEÑOR CARNE

El 29 de mayo de 1660, el rey Carlos II hizo su entrada en Londres, la capital de la que había huido siendo un niño, tras la decapitación de su padre. Las masas, hartas del reinado puritano, atestaban las calles para darle la bienvenida. Dos o tres días después, a través de la reja de Little Salisbury House, Carlos se quitó el sombrero ante un partidario entrado en años que se encontraba entre la muchedumbre; era su antiguo tutor de matemáticas en París, uno de los hombres más singulares que jamás hubiera conocido, un tal Thomas Hobbes.

El melancólico y tímido Hobbes había sido alentado por su muy bebedor amigo, John Aubrey, para acudir a toda prisa desde Derbyshire, saludar a su antiguo alumno y, quizá, ganarse sus favores. A Hobbes le hacía buena falta conseguir un protector. Con setenta y dos años, su longevidad resultaba algo sorprendente, dado lo temerario de su pluma: el final más lógico para él habría sido morir ahorcado años atrás debido a sus ideas. Si logró sobrevivir fue porque escapó a París cuando hizo enfurecer a los parlamentarios británicos, y se escabulló de nuevo en dirección a Londres cuando sus escritos indignaron a los católicos franceses.

El viaje de Hobbes a Londres fue fortuito: se le concedió una pensión y acceso directo al rey. Cuando Carlos II ascendió al trono, este filósofo de mala reputación, cuyo nombre a menudo se utilizaba como insulto, no tendría que continuar huyendo. Sus inquietantes creencias tendrían que ser rebatidas con argumentos, y no con la hoja de una espada. Aún sería objeto de burlas, sátira y refutaciones, pero seguiría siendo un hombre libre, y se convertiría en el símbolo de una

embrionaria tolerancia con el disenso moderado, «racional», que definiría a la Inglaterra de la Restauración y que condujo a algunos de los grandes debates que comenzaron a dar forma al mundo moderno.

Para cuando se produjo la Restauración, habían transcurrido dos décadas desde que Hobbes abordara una crisis que se cernía sobre el cristianismo occidental. Se tambaleaban siglos de certezas sobre la naturaleza, la ética, la medicina, la ley, la política y Dios. Thomas Hobbes formaba parte de una heterogénea confederación de nómadas del siglo XVII que se desplazaban continuamente en busca de un lugar seguro donde poder considerar problemas nuevos y cada vez más acuciantes, pero prohibidos hace tiempo. Marginados, librepensadores, libertinos y filósofos naturales itinerantes eran todos miembros de una tribu invisible, la República de las Letras, como fue bautizada por Pierre Bayle. Estos pensadores se abrieron paso sin el apoyo de las universidades, que se encontraban dominadas por el clero; aquellos que no contaban con una riqueza propia se las arreglaban como tutores, médicos, clérigos y burócratas de rango menor. También hacían circular de manera clandestina sus tratados anónimos que cuestionaban creencias arraigadas sobre la naturaleza y sobre Dios; sobre la vida política, social y ética; arte; matemáticas; el cielo; y el cuerpo. Y en el centro de muchas de estas controversias subyacía la siguiente pregunta: ¿qué era el alma humana?

Término traducido del griego *psyche*, del latín *anima* y del hebreo *nepesh*, el alma [soul] era una antigua palabra inglesa que arrastraba consigo una historia compleja. Sus orígenes en el mundo occidental se remontaban a las epopeyas homéricas del siglo VIII a. C., en las que se decía que la *psyche* se instalaba en el Hades como doble fantasmático, una sombra. De esa manera, el alma quedó vinculada a la noción de espíritu (del griego *pneuma*, del latín *spiritus*) que se refería al viento o al hálito de la vida. Doscientos años después, los filósofos

presocráticos comenzaron a conferirle atributos a la *psyche*, incluida una capacidad infinita para el entendimiento. Para el siglo v a. C., los griegos habían añadido otras creencias acerca del alma, a menudo contradictorias entre sí. Los miembros del culto de Orfeo creían que era la esencia de la persona, atrapada en su cuerpo y que necesitaba ser liberada. Los seguidores de Pitágoras creían que la *psyche* era un *daimon* extraído del cielo, condenado a subsistir en una cadena de cuerpos materiales.

Para Platón, el alma era nuestra esencia espiritual, inmortal. El componente racional era como un auriga que conducía un carro tirado por dos caballos alados: uno noble, el alma valerosa, y el otro salvaje, el alma pasional. Todos los pensamientos, emociones y pasiones se encontraban en el ámbito de *psyche*, más allá del mundo natural. Sin embargo, como demostraron los acalorados debates sobre la muerte de Sócrates, esta creencia resultaba controvertida. Varios filósofos aseveraban que el alma estaba hecha de fuego o aire, agua o sangre. Si ese fuera el caso, lo que Sócrates y Platón consideraban eterno, perecería.



Figura 1. *La muerte de Sócrates*, de Jacques Louis David, muestra al filósofo preparándose para morir tras refutar argumentos contra la inmortalidad del alma.

Aristóteles tomó nota de estas posturas divergentes y presentó una poderosa síntesis en *De anima*. Para ese entonces, el pensamiento griego incluía creencias de que el alma era la chispa vital, el ser eterno de la vida después de la muerte, la fuente de la razón humana y la causa del movimiento corporal. Para integrar todos estos elementos, Aristóteles se refería a tres tipos de alma: dos de ellas eran materiales y la tercera era inmortal. El alma vegetativa era necesaria para que hubiera vida y se extinguía con esa misma vida. El alma sensible era la fuerza que ocasionaba el movimiento animal y la acción; era también materia. Únicamente el alma racional, equiparada con el intelecto, era eterna y divina.

Parte del complejo entramado aristotélico coincidía con las verdades reveladas de la tradición judeocristiana. En el Génesis, el alma era aquello que daba vida al hombre. Sin embargo, las nociones bíblicas de la vida después de la muerte incluían el juicio final, y por lo tanto situaban la batalla por el alma justo en el centro de la ética y la metafísica cristianas. Pero la integración completa de las antiguas nociones griegas y cristianas, no se produjo hasta el siglo XIII, de la mano del fraile dominico Tomás de Aquino. El magistral santo Tomás sintetizó la teología cristiana con el pensamiento de Aristóteles, y también con el de Ptolomeo y Galeno. Su integración permanecería vigente a lo largo de cuatro siglos.

En el centro de la visión tomista se encontraba una concepción del alma que resultaba lo suficientemente maleable para las cosmovisiones clásicas griega y cristiana. Había tres almas (o quizá una, dividida en tres partes; esta distinción mantenía a los metafísicos despiertos por las noches). Las entidades vivientes, como los árboles, se distinguían de la materia muerta por poseer un alma nutritiva. El alma apetitiva o sensorial ocasionaba el movimiento y era la fuente de los apetitos determinantes, que se hallaban tan solo en los animales. Por último, el alma racional era exclusivamente humana; si bien existía cierta discusión sobre sus facultades, a menudo se consideraba que eran la memoria y la razón. A lo largo de

buena parte del Renacimiento, esta alma muy teorizada unió a los académicos y a los teólogos. Para los estudiantes universitarios, el último paso en su educación consistía en estudiar *De anima*, de Aristóteles, bajo el prisma del nuevo contexto cristiano.

En las manos de santo Tomás, el alma racional coincidía idóneamente con la cristiana; separaba a los humanos de aquellas criaturas a las que podían esclavizar y matar, como los cerdos y las vacas. Vinculaba a los hombres y a las mujeres con el más allá y unía lo material con lo inmaterial.

Gracias a estos tres tipos diferentes de almas, todo —piedras, bestias, ángeles— hallaba su lugar en el orden de las cosas. La jerarquía medieval conocida como la Gran Cadena del Ser clasificaba a todas las creaciones divinas. La naturaleza comenzaba con aquello inerte, que carecía de alma: cosas como las piedras. Después venían los seres vivos más primitivos: las plantas, desde el modesto moho hasta los robles de numerosas ramas. Seguían los animales, con sus apetitos enfrentados, que ascendían en complejidad desde los ostiones hasta los leones y los elefantes, considerados los reyes del mundo animal. Por último, y por encima de todas las cosas, vivas y muertas, se encontraba el alma racional. Tan solo los humanos poseían un alma que les concedía la razón y, por tanto, participaban en parte del poder divino.

La razón. La capacidad para pensar y actuar libremente. Lo que elevaba a los hombres por encima de las bestias dominadas por las pasiones. Hacía que los humanos estuvieran en parte arraigados en la tierra, y en parte revoloteando con los serafines en las regiones celestes. Hechos de carne, desgarrados por el deseo, solo los humanos poseían algo de ese poder celestial que les permitía pensar y no ser esclavos de sus pasiones.

Así que los ortodoxos consideraban que sabían todo cuanto hacía falta saber. Cada cosa tenía su lugar en el orden profundo dispuesto por el Creador. La naturaleza era lo que debía ser; los ángeles, demonios y estrellas estaban en su sitio,

y también lo estaba el hombre, tanto su ser interior como su mundo social, ético y político, porque, entre los hombres, existía una jerarquía de almas determinada por Dios. El rey elegido por voluntad divina se encontraba más próximo a Él, seguido por los nobles, y por último, el campesinado. La sociedad y lo divino formaban una armonía, eran piezas de un gran sistema que dependían de esencias interiores distintas.

De pronto, de manera casi imperceptible, a mediados del siglo XVI la mansión escolástica del conocimiento universal comenzó a resquebrajarse y derrumbarse. Había una creciente pandilla de rebeldes que se autodenominaban «modernos», ensañándose a martillazos con las fisuras de ese edificio. Entre ellos se encontraban hombres como el antiguo tutor del rey, el señor Thomas Hobbes.

Hobbes era ampliamente detestado. Sin embargo, se reconocía que la tarea que había acometido era grandiosa. Se contaba entre un minúsculo grupo de intelectuales que consideraban que no se podía confiar más en el pasado, que la tradición, la ortodoxia y la palabra de sus venerados padres les había fallado. Algunos, como Bernard le Bovier de Fontenelle, se atrevían a afirmar que todo el aprendizaje escolástico no había sido sino un engaño colectivo. Se necesitaba una nueva forma de conceptualizar la naturaleza, al hombre y la sociedad, en la que Dios tuviera cabida, pero que no emanara únicamente de los postulados de la Antigüedad. Y todo ello porque las verdades que desde antiguo habían provisto de significado a hombres y mujeres conforme miraban a las estrellas y veían cambiar las estaciones, todas esas certezas que les ofrecían un consuelo cuando la enfermedad los golpeaba o cuando buscaban un sentido para sus vidas cotidianas, ese reverenciado entramado de significados parecía albergar un defecto cada vez más visible: estaba equivocado.

Por decirlo de otra manera: los postulados tradicionales de Aristóteles, santo Tomás y sus leales estudiantes tenían que hacer frente a un creciente número de aseveraciones factuales que los contradecían. Y como el sistema de los letrados estaba

tan profundamente interconectado, se temía que una nota en falso se extendería por doquier. Una duda en un asunto minúsculo podría derivar en el cuestionamiento de la lógica aristotélica, la medicina de Galeno, la cosmología de Ptolomeo, el excepcionalismo humano, la transubstanciación, el bautizo, los milagros, los ángeles, las brujas, el cielo, el infierno y, por último, el propio Dios. Los escolásticos se hicieron famosos por defender dogmáticamente incluso los temas metafísicos más triviales. Ninguna discusión era trivial para aquellos hombres empeñados en preservar esta estructura interdependiente.

Al mismo tiempo, a lo largo del siglo XVI, los pensadores escolásticos fracasaron una y otra vez a la hora de responder a los desafíos que se les presentaban. Es sabido que Copérnico y Galileo refutaron la creencia de Ptolomeo sobre el movimiento de los cielos, con lo cual alteraron el lugar de descanso de Dios. Si bien esto quizá turbó únicamente el reposo de algunos miembros de las élites, otros muchos vislumbraron el fracaso de las antiguas creencias cuando cayeron enfermos. Cuando los doctores galénicos llegaban con sus lancetas, muchas pobres criaturas temblaban de miedo y se preparaban para presenciar de primera mano el fracaso de la tradición.

Alrededor de 1600, la medicina occidental aún se regía por la más estricta ortodoxia, y su autoridad estaba en declive. La gran tradición de los humores corporales, establecida en el siglo II d. C. por Galeno, había resistido cualquier reforma significativa durante el lapso, impresionante, de más de 1300 años. Sin embargo, a comienzos del siglo XVII, la impotencia cotidiana que producían por toda Europa los galopantes embates de distintas enfermedades condujo a la creencia, cada vez más extendida, de que los médicos eran unos charlatanes inútiles, ávidos de riqueza, y que sus remedios tradicionales tan solo aceleraban la fatalidad. Además, desde el Renacimiento, anatomistas como Vesalio y posteriormente William Harvey habían encontrado serios errores en la anatomía de Galeno. Con la pérdida de prestigio del médico griego, creció la competencia entre empiristas sin preparación, peluqueros-cirujanos,

boticarios, clérigos, parteras y sanadores alternativos que empleaban la astrología, métodos herbolarios populares, magia, alquimia y pociones secretas.

La creciente incertidumbre con respecto a la medicina galénica tradicional también alcanzó a los médicos del alma, que se vieron sumidos en la discordia y la confusión. Tras la Reforma, los dominios del alma estaban llenos de sangre. Las guerras religiosas a lo largo de la cristiandad eran casi interminables. Los desafíos a la autoridad papal condujeron al cruce de espadas entre una verdad sagrada y otra verdad revelada; así pues serían los poderes terrenales los que habrían de dirimir qué verdad prevalecería. En 1648, la Paz de Westfalia puso fin a la Guerra de los Treinta Años. La única conclusión a la que se llegó fue que no podía haber ninguna verdadera conclusión en la violenta lucha por la supremacía entre las sectas cristianas. ¿Qué elegidos, qué visión de la redención y qué casta de hombres santos eran los verdaderos?

Cuando Carlos II regresó a Inglaterra para derrocar a los puritanos y restablecer el reinado anglicano, se enfrentó con una torre de Babel de creencias en disputa. Cada credo se hallaba en dura pugna con muchos otros, que iban desde los protestantes radicales hasta los jansenistas, los jesuitas y los ultramontanos. Esa incertidumbre con respecto a la única y verdadera palabra de Dios debía sacudir necesariamente los cimientos de la propia autoridad política, pues los monarcas europeos extraían su autoridad del derecho divino. Al tiempo que los monarcas de diferentes bandos proclamaban *su* derecho divino, Europa misma parecía un manicomio en donde varios de los internos proclamaran ser Jesucristo. Mientras que algunos, como Carlos II, procurarían en vano un orden en vías de colapsar, otros como su ambicioso tutor reconocían que el Viejo Mundo ya había estallado en pedazos. Hobbes rebuscaría entre los escombros para construir un nuevo sistema que unificara materia, hombre y sociedad. Al darle la espalda a los escolásticos y a los antiguos, la suya era una nueva cosmovisión, que habría de llamarse moderna.